

LA SENTENCIA

Benito González García

LA SENTENCIA

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: noviembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Benito González García

ISBN: 978-84-127117-6-9

ISBN digital: 978-84-127117-7-6

Depósito legal: M-31856-2023

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

Dedicado a:
KREFELD por entregarme la belleza poética
en la soledad de mi juventud.
SABADELL por convertir mi corazón
desde la infancia en arlequinado.
SALAMANCA, mi tierra,
mi raíz humana, mi gente, SIEMPRE.

PERSONAJES DE LA NOVELA

Soldado y niño.

- .- URIEL (soldado de la Inquisición)
- .- AARÓN (niño)

Aldea de Sequeros.

- .- CASILDA
- .- HEFZIBA

Monasterio Batuecas y La Alberca.

- .- ELISEO DE JESÚS (monje)
- .- JEREMÍAS (monje cocinero)
- .- CELESTE (joven embarazada)
- .- EGAS (jefe de los rebeldes de la sierra)
- .- PERSENIO (soldado)

Universidad y estudiantes.

- .- PEDRO GUTIÉRREZ (rector)
- .- EZEQUIEL (estudiante)
- .- ZACARÍAS (estudiante)
- .- CONSTANTINO (estudiante)
- .- YAGO (estudiante)

Mujeres de San Martín del Castañar.

- .- ESMERALDA y Diot (hijo de Esmeralda)
- .- MAIRA
- .- LIANA (anciana)
- .- GUIOMAR
- .- ANISIA
- .- MELINDA
- .- ODILA

Cazador de brujas.

- .- CASIO DE LEÓN (cazador de brujas)
- .- FORMERIO (soldado)

Convento Porta Coeli.

- .- ARSENIA (madre superiora)
- .- ISOLDA (novicia)

Obispo e inquisidores.

- .- JUNCO POSADA (obispo)
- .- ANTONIO CARRIONERO (adjunto al obispo)
- .- VERACUNDO NIÑO DE GUEVARA (inquisidor)
- .- JUAN BAUTISTA DE ACEVEDO (inquisidor Mayor de Castilla y Juez)
- .- WALFRIDO y ERCILO (ayudantes del inquisidor mayor de Castilla)

De Matilla de los Caños y mercaderes.

- .- DAMIÁN (vendedor de Matilla)
- .- ALDARA (vendedora)
- .- TRISTÁN (hombre de Aldara)
- .- ANSELMO (primo de Damián)

Duque y sobrina.

- .- ANTONIO ÁLVAREZ (duque)
- .- KARIMA (sobrina del duque)

Otros personajes.

- .- ARCADIO (amigo del obispo)
- .- LEANDRIA
- .- MARTÍN, LISA, RITA, RAIMUNDO y SABINA (hijos e hijas de Damián)

AÑO 1600 D.C.

CAPÍTULO I

Abrió los ojos: seguía vivo. No podía dar crédito a que aún estuviera aquí, a este lado, con vida. Cuando cayó al suelo, su único pensamiento fue: «voy a morir».

Un dolor intenso le devolvió a la realidad. Estaba en el suelo. Su mano izquierda surcó su cuerpo para sujetar el hombro derecho, que parecía estallar. Intentó palparlo, pero se encontró con un cuerpo extraño que lo aplastaba y comprimía con fuerza.

Lentamente, fue siendo consciente de la situación. Miró asustado. Necesitaba salir de esa opresión: empujó con la mano izquierda, con las pocas fuerzas que le quedaban, sobre aquello que le estaba inmovilizando. El dolor era insoportable. Palpó lentamente lo que tenía encima: se trataba, sin lugar a dudas, de un hombre que habría caído encima de él. Según deslizaba la mano sobre lo que le estaba dejando sin respiración, intentó recordar, pero su mente seguía nublada por aquella presión en la que había recuperado la conciencia. Volvió a ejercer fuerza con su mano, una y otra vez, hasta que, después de muchos intentos, casi agotado, lo fue moviendo y se liberó.

A duras penas consiguió ponerse en pie y al abrir los ojos la imagen que ante él se expandía lo dejó aterrado.

El espacio del monte donde se encontraba estaba sembrado de una docena de cadáveres, la mayoría despojados de sus ropajes.

Necesitaba sentarse y recordar todo lo ocurrido, pero solo encontraba muertos donde poder apoyarse, recuperar el aliento y mitigar ese enorme dolor que por instantes le estaba destrozando. Y

allí siguió, con la mirada clavada en aquellos hombres, seres inmóviles, destrozados. La sangre aún parecía seguir fluyendo lentamente de algunos cuerpos mientras avanzaba entre ellos.

«Cuántas vidas —pensaba— han quedado aquí truncadas».

Elevó las manos. No quería mirar. No quería sentir aquel horror. Todo lo que estaba viendo le hería en lo más profundo de su ser. Cada paso suponía tratar de avanzar esquivando piernas, manos y, sobre todo, cuerpos.

Él, que había estudiado con los mejores poetas de Salamanca; él, cuyo padre le había hecho creer incesantemente que solo se deja huella en las almas si el corazón es puro y noble, y que solo habitaban esta tierra para agradecer a Dios que les hubiera dejado vivir, se encontraba allí en medio de aquel horror.

En pie, ante ellos, tapó su cara con las manos y, de pronto, comenzó a gritar desesperado: su ojo derecho podía ver todo lo que seguía allí.

Tremendamente nervioso, bajó la mirada para observar que su brazo derecho no estaba. Fluía aún algo de sangre. Apretó con fuerza para cortar la escasa hemorragia que seguía saliendo por el hombro e inconscientemente buscó su brazo, pero ya no lo vio.

Aquel joven, Uriel de nombre, fue saliendo del pequeño campo de batalla hasta encontrar una zona libre de cuerpos. Se sentó sobre un tronco a ver la puesta de un sol rojizo, manchado en sangre, como todo lo que podía ver en aquella tierra dura y, en ese instante de profunda desolación, de pronto, recordó todo.

CAPÍTULO II

La aldea de Sequeros había despertado con las nuevas sobre la derrota del grupo armado de judíos ante las huestes de la Inquisición.

La batalla en los claros del bosque había supuesto el descalabro total de la resistencia de aquellas aldeas sefardíes. A pesar de haber contado con un número muy superior de hombres, la estrategia llevada a cabo por el capitán de las fuerzas del obispo de Salamanca, Junco Posada, había conseguido aplastar a su enemigo. Solo el líder de los hombres sefardíes, Egas, con tres compañeros, había logrado huir. Aquello suponía que la puerta a la sierra quedaba en manos de los nuevos señores, que avanzaban con paso firme y decididos a dar caza a todo aquel que se opusiera a legitimar el poder de la Iglesia católica bajo el poderoso brazo de la Santa Inquisición.

Pero, más allá de dar muerte a ese grupo de rebeldes, estaba el crear líneas de riqueza. La sierra era, desde hacía varios siglos, una zona importante tras el asentamiento de judíos conversos, expulsados por los reyes Isabel y Fernando. En ese lugar habían sido capaces de pasar desapercibidos y mantener clandestinamente su propia identidad de pueblo, pero ahora deberían servir para obtener suficientes recursos como para seguir alimentando la mano dura de la Iglesia.

Toda la información que llegaba a la aldea, después de la enorme pérdida de las vidas de aquellos jóvenes que protegían de saqueos la zona, era que el grupo comandado por el cazador de brujas Casio de León cabalgaba hacia la aldea de San Martín del Castañar.

El miedo a la caza inquisidora se expandía como una ola ante la invasión que se avecinaba y a la que sería imposible hacer frente.

Muchos, durante la noche habían huido buscando refugio en los montes o en las zonas aisladas de las aldeas. Alcanzar las altas cimas les supondría tener una buena visión de la magnitud del contingente que se acercaba y poder huir lejos de la zona de paso.

Sequeros había ido creciendo en los últimos cuatro siglos desde que el rey Alfonso IX la repobló y quedó encuadrada en el alfoz de Miranda del Castañar. Vivían allí unas doscientas familias, entre las que se encontraba la de dos de los jóvenes participantes en la batalla.

Estaba amaneciendo cuando Casilda salió por la puerta sur de la aldea, situada junto a los lavaderos, abatida por las noticias que llegaban de la derrota. En ella habían estado presentes sus dos únicos hijos, y todos comentaban que los soldados del obispo no habían dejado ningún vivo. Cruzó delante de la ermita de El Robledo y entró un instante a rezar delante de la talla de la Virgen.

—¡Todos muertos! —gritaban los vecinos sin parar entre chillidos de dolor—. ¡Solo Egas y tres de los suyos se han salvado!

Aquello suponía una pequeña esperanza para la población, ya que todos los poderes económicos de los judíos contaban con que un nuevo grupo de hombres devolverían la afrenta organizando un pequeño ejército para atacar al invasor. Hasta entonces, solo los mercaderes que llegaban para comprar en los distintos gremios tenían acceso a la espesura de la sierra. Desde que fueron expulsados de las grandes ciudades, una vez que la mayoría se convirtió al catolicismo, habían habitado aquellas tierras salvajes e inhóspitas, pero profundamente bellas.

Casilda se dirigió hacia la zona espesa de los montes. Sus treinta y cinco años, y su delgadez le permitiría ir a buen ritmo. El viento soplaba con fuerza y alborotaba su pelo, que le caía negro sobre su cuello. La túnica, también negra, que cubría su cuerpo, se había ido enganchando con algunas zarzas en la huida.

Su rostro cubierto para evitar el aire era suave, dejando a la vista sus labios gruesos y sensuales. Cojeaba ligeramente desde jo-

ven por la patada de *el Mulo*, como solía llamar despectivamente al hombre con el que fue unida en matrimonio por sus padres.

Hacía años que él ya no estaba, gracias a unos cólicos provocados por una serie de comidas en cuya elaboración la mujer había incluido adelfas bien machacadas. Y, a pesar de obedecer a los poderes religiosos y usar el negro como único color de sus prendas, no sentía ninguna pena por aquel que había sido su maldito dueño y al que había ayudado a salir tan dolorosamente de este mundo.

Solo sus dos hijos le habían dado felicidad. Y ahora, después de aquel desastre, no le quedaba nadie.

«¿Por qué estoy huyendo, si no tengo por qué vivir?», se preguntaba mientras caminaba monte arriba, colocando, bien apretado entre la casuca negra, debajo de sus pechos, una pequeña saca donde había metido algunos víveres y un cuchillo.

Quería alcanzar una de las lomas para, desde allí, intentar ver por dónde venían los inquisidores de Junco Posada y tras ello, disponerse a seguir caminando en dirección a donde pudiera estar más tranquila. Sobre todo, quería ir al encuentro de sus hijos, ya estuvieran vivos o muertos, y debía empezar por el lugar de la batalla. Después, deseaba irse lejos de aquellos malnacidos que habían roto su mundo.

Era de noche cuando alcanzó la cima y se sentó a mirar el horizonte de tierras frondosas, por donde llegaría aquella horda destructora. Hacia el suroeste pudo divisar la luz de las antorchas de las pequeñas aldeas serranas, y buscó a lo lejos su Sequeros natal, su aldea casi desierta, en la que solo quedaba un grupo de ancianos rezando.

El aire le trajo aromas secos y un ligero olor a miedo. Recordó a sus dos hijos: ambos habían llenado, durante su infancia, la vida de la mujer. Ninguno de ellos había alcanzado los dieciocho años.

Alzó la vista. Las estrellas limpias embellecían el dosel celeste. Esas viejas lucecitas que de él colgaban siempre le hacían recordar su infancia, cuando su abuelo le contaba la historia de Yahveh, o como él narraba, *La leyenda del rabino Gólen de Praga*, que creó un

hombre de barro para salvar a los judíos de la ciudad a orillas del río Moldava.

Volvió a bajar su mirada a sus manos vacías y dejó fluir su tristeza en lágrimas.

CAPÍTULO III

Casio de León los había guiado desde la ciudad del Tormes, por las tierras áridas, hasta llegar a la espesura de los bosques de la sierra. Después, los hizo avanzar hacia las cercanías de San Miguel de Robledo para alcanzar la victoria en la batalla contra las fuerzas protectoras judías.

«Probablemente fue ayer por la mañana cuando entramos en batalla contra el enemigo y, por el número de soldados despojados de uniforme, seguro que una vez más hemos alcanzado la victoria», pensó en voz alta Uriel, intentando recordar lo ocurrido y saber cuánto tiempo había quedado inconsciente bajo aquel soldado judío que le había cortado la hemorragia del brazo.

«¿Hemos? —se preguntó de pronto— Pero si yo estaba allí, solo, en un cementerio de hombres... ¡Ya debería estar muerto! —pensó— ¡Me abandonaron debajo de aquellos cadáveres! ¿Por qué no me vieron? ¿Pensaron que sería un muerto más? ¿Qué hago aquí?».

Miró su hombro, que ya no sangraba y, de pronto, ante aquella soledad, sintió miedo.

A pesar de ser alto y fuerte sintió miedo, sus cabellos rubios y largos le caían por la espalda movidos por el viento, llegando a tener molestias al notar cómo rozaban la herida al mover la cabeza. Su poderosa frente se inclinó en señal de oración. Su aspecto masculino, su sonrisa limpia y sus ojos azules con los que siempre había presumido en la ciudad cuando se juntaban con las jóvenes, ahora sabía que nunca más le valdrían. Recordó su lugar de naci-

miento en la pequeña aldea de Alaraz y, a pesar de tener apenas veinte años, llevaba sirviendo a su obispo desde hacía ya tres. Se había convertido, con el paso del tiempo, en un magnífico soldado. Siempre había dado de qué hablar acerca de sus conquistas amorosas, pero su gran pasión era la poesía. Había vivido al amparo de su padre, que se había convertido, con el tiempo, en el campanero de la catedral.

El obispo de aquel momento, don Junco Posada, le había aconsejado participar en las misiones contra la herejía dirigidas por su capitán, Casio de León. Y así lo había hecho hasta la mañana anterior, en la que, un descuido en plena batalla, le había hecho perder el brazo derecho y caer inconsciente.

Cogió parte de la túnica de un enemigo muerto y se vendó el hombro para poder seguir las huellas de los jinetes. Esperaba encontrarlos y ser sanado por los curanderos de su jefe de grupo. Las piernas le temblaban y era consciente de que había perdido mucha sangre.

Casio de León había inculcado un espíritu inigualable de aventura en todos ellos. El saqueo en nombre del obispo o la caza a los indomables campesinos, siempre suponían una dosis de incertidumbre y miedo antes del enfrentamiento. Y sin duda una satisfacción desmedida después, tras el triunfo. Era como una droga que se adentraba en ellos y los convertía en feroces guerreros, si bien aquello había sido una batalla en toda regla.

Sabía que solo podría sobrevivir si conseguía dar con su grupo.

Todos formaban una gran familia y sentían a su líder, Casio de León, como un ser supremo. Él los guiaba con firmeza, pero con mucha inteligencia, mediante las distintas órdenes que iba dando, ya fuera en la recolección de impuestos, la caza de brujas, o tras los oportunos interrogatorios a los campesinos. Todas sus indicaciones eran fructíferas para los intereses del obispo y los inquisidores, y muy satisfactorias para los soldados. Todos ellos soñaban con el regreso feliz a Salamanca y con, algún día, juntarse con los suyos para narrarles cómo era el mundo más allá de los pequeños poblados que surcaban los márgenes del río Tormes.

En Salamanca ya nadie lo esperaba. Su padre había estado un tiempo viviendo con su madrastra, Carmen, a la que Uriel llegó a considerar su verdadera madre, por el mimo que en todo momento tuvo hacia los dos. Ambos llevaban ya varios años muertos, pero continuamente le servían de ejemplo en sus actos fuera de la batalla. Había adquirido esa humildad que su padre mostraba con todo ser humano. También el respeto y la fe ciega en ayudar al prójimo tal y como este, a su vez, había aprendido de sus abuelos.

Deseó el milagro de volver a verlos. En ese instante de inseguridad, precisaba la palabra sabia de su padre y el consejo siempre firme de su madrastra. Era consciente de que, de ser encontrado por cualquier grupo de judíos, y especialmente por soldados huidos de la batalla, su muerte sería inevitable. Debía moverse rápidamente por aquellas tierras siguiendo las huellas para alcanzar a su grupo de caza.